

VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata
"Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"

VI Jornadas de Sociología – FAHCE, UNLP.

Mesa 15: Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina reciente (1990-2012)

Hegemonía y acumulación en el gobierno de Eduardo Duhalde, 2002-2003.

Gastón Ángel Varesi (CONICET, IdIHCS-UNLP, CLACSO)

gastonvaresi@hotmail.com

1. Introducción

La crisis de hegemonía y acumulación del año 2001 marcó un punto de inflexión en la historia argentina reciente. El colapso del modelo de la convertibilidad evidenció la reapertura de enfrentamientos al interior de la clase dominante que, junto al avance de la lucha de las clases subalternas, parecieron establecer un principio de crisis orgánica, abarcando múltiples dimensiones. En este contexto emerge el gobierno de Eduardo Duhalde, elegido por el Parlamento tras la caída de tres presidentes.

La ponencia procura analizar las distintas estrategias desplegadas por el gobierno de Duhalde con el fin de avanzar hacia la sutura de la crisis por entonces vigente. En este camino, abordaremos un conjunto de políticas fundacionales a nivel del modelo de acumulación con el fin de dar respuestas a la crisis económica. Luego analizaremos las acciones estatales en materia ideológico-cultural a partir de los discursos presidenciales donde comienza a explicitarse un rasgo duradero del período: un discurso de perfil productivista que promueve la idea de cambiar el tipo de alianza establecida entre Estado y empresarios. Asimismo, abordaremos las acciones orientadas a suturar la dimensión política de la crisis, a través del despliegue de una estrategia de contención/coerción basada en la masificación de planes sociales y el recrudecimiento de la represión y criminalización de la protesta social.

2. La crisis del 2001 como principio de *crisis orgánica*

Un primer momento ineludible para el análisis de las estrategias de hegemonía y acumulación desplegadas por el gobierno de Duhalde está constituido por la crisis del 2001. En este sentido, proponemos leer dicha crisis como un *principio de crisis*

orgánica, frente al cual las acciones estatales posteriores debieron dar respuestas, ya sea enfrentando, recuperando y/o resignificando algunas de sus demandas mientras procuraban desactivar sus componentes de impugnación al orden.

Podemos entender el concepto de *crisis orgánica* de Antonio Gramsci como una crisis que abarca tanto la pérdida de supremacía intelectual y moral como la capacidad de los dominantes de hacer avanzar la economía¹ afectando a la estructura y a la hegemonía creada, implicando un verdadero sacudimiento del bloque histórico (Campione, 2007). El *bloque histórico* representa la categoría de totalidad socio-histórica en el pensamiento gramsciano, conteniendo la articulación de las dimensiones socio-económicas y ético-políticas, de la estructura y las superestructuras². De este modo, una crisis orgánica atraviesa un amplio conjunto de factores, tanto a nivel estructural como superestructural, constituyendo una crisis profunda de hegemonía. El concepto de *hegemonía* remite (ya en su antecedente leninista³) a la dirección política, que en Gramsci es también dirección intelectual y moral de un grupo social sobre otros⁴. La hegemonía es entonces una relación social que atraviesa distintas dimensiones: parte de un sustrato material ligado a la posición de las clases en la estructura, y se realiza en las superestructuras, a través de una *concepción del mundo* que encarna la visión general y expresa los intereses del grupo dirigente, al tiempo que se plasma de formas diversas en el *sentido común*, en las prácticas cotidianas y, en su momento más desarrollado, en un tipo particular de *Estado* (Gramsci, 2003). La construcción de hegemonía implica entonces la capacidad de dirección política e ideológico-cultural, remitiendo a la incidencia en la construcción de concepciones de mundo e implicando un proceso de universalización de intereses y valores particulares que aparecen como generales, universales, en tanto logran la adhesión y la conducción de los distintos grupos sociales.

¹ Debemos tener en cuenta que la economía argentina había entrado en recesión desde 1998 hasta el fin del modelo de la Convertibilidad, conllevando una caída general de la tasa de ganancia (con excepción de algunos núcleos de la cúpula económica) así como el deterioro de los indicadores sociales.

² Gramsci concibe a las sociedades en términos de bloque histórico, retomando una perspectiva que tiende a analizar la totalidad, y que se define por una relación de reciprocidad, un proceso dialéctico real, entre la estructura y las superestructuras, entendidas éstas un conjunto complejo, contradictorio y discordante, que reflejan el conjunto de las relaciones de producción, sin ser ellas un mero “resultado” sino un compuesto de distintos elementos políticos, jurídicos, ideológicos y culturales con entidad propia.

³ En Lenin, la hegemonía remite a la conducción política de una clase sobre las otras, para lo cual implica superar una fase gremial, corporativista, para convertirse en la dirección política del conjunto de las clases subordinadas. Usualmente se hacía referencia a la necesidad de la hegemonía del proletariado sobre el conjunto de las clases subordinadas en el marco del proceso revolucionario ruso.

⁴ Además, Gramsci no piensa sólo en la hegemonía de la clase trabajadora sino también para analizar cómo la dominación de la burguesía traspasa el momento de la coerción y se convierte en dirección sobre las clases subalternas.

Así una estrategia hegemónica procura generar consensos y legitimar la dominación, tornando esta dominación en dirección de un grupo social sobre otros: es por esto que durante las crisis de hegemonía los grupos dirigentes devienen meramente dominantes.

Consideramos que el período de conflictividad que tuvo en 2001 su momento más intenso, implicó una crisis de hegemonía generalizada que expresó distintos factores propios de una crisis orgánica que, aunque sin alcanzar su entera plenitud, se manifestó en distintas dimensiones:

- a) Como *crisis ideológico-cultural*, que aparecía insinuada en la deslegitimación de algunos aspectos de la concepción del mundo imperante y de los patrones conductuales promovidos por las usinas de pensamiento neoliberal⁵. Éstos estaban relacionados, bajo la hegemonía neoliberal, al criterio de no participación pública exaltando la reclusión en la vida privada ligada asimismo con valores egoístas y consumistas. Además, frente a un Estado caracterizado por su supuesto gigantismo e ineficiencia, se postulaba al mercado como mejor distribuidor de recursos, vinculado a una perspectiva individualista, donde cada uno debía procurar por sí mismo la subsistencia, conllevando ideas de “Estado mínimo”. Las crisis de estos pilares de la concepción neoliberal se expresó en las exigencias de una mayor presencia del Estado y de cambios en las funciones del mismo. También dio aliento a distintas formas de participación popular, contrastantes con el patrón individualista de no involucramiento en la vida pública, dando lugar a múltiples experiencias de acción colectiva tales como asambleas, movilizaciones, piquetes y ollas populares, así como en el proceso de recuperación de empresas por parte de los trabajadores. Como confirma Seoane, “El proceso abierto en diciembre ha conllevado una resignificación de los mitos fundacionales que atravesaron las tres últimas décadas en el largo recorrido de instalación del neoliberalismo en Argentina” (Seoane, 2002:41), expresando un quiebre del disciplinamiento social, una crisis del enaltecimiento de lo privado y el individualismo egoísta y una crisis de la institucionalidad tal como fuera establecida con posterioridad a la última dictadura. La crisis se expresa en esta dimensión hegemónica en tanto se agrietan los

⁵ Recordemos que un momento clave de la construcción de hegemonía es la conformación de una concepción del mundo que incide en el sentido común y, a través del mismo, impacta en las prácticas de la vida cotidiana.

consensos instalados en el período anterior, deteriorando el alcance de la concepción del mundo propia del llamado “pensamiento único” neoliberal⁶.

- b) Como *crisis política*. La crisis política puede ser pensada en dos dimensiones, por un lado, como crisis de “la” política, en su componente institucional de representación, y por otro lado, en su componente social, como crisis de autoridad relacionada al incremento de la conflictividad que evidenció un momento álgido en la lucha de clases a nivel nacional. Referimos a “la” política como el “terreno de intercambios entre partidos políticos, de actividades legislativas y gubernamentales de elecciones y representación territorial y, en general, del tipo de actividades, prácticas y procedimientos que se desarrollan en el entramado institucional del sistema o régimen político” (Arditi, 1995: 342-343). En este sentido, la crisis de “la” política se produjo a partir del desgaste de legitimidad de los partidos como canales de representación, y como crisis del bipartidismo en tanto fórmula de gestión de la gobernabilidad del período post-dictadura. Esta crisis política posee múltiples connotaciones ya que, por un lado, afecta la sociedad civil, en tanto puso en cuestión (al menos coyunturalmente) la capacidad de los partidos tradicionales de generar consensos hegemónicos. A su vez, expresa un elemento clave que Gramsci identifica en los períodos de crisis orgánica: una situación de contraste manifiesto entre “representados y representantes” (Gramsci, 2003:62). Además, atraviesa lo que Gramsci denomina la *sociedad política*, que representa el espacio del Estado (en sentido estricto⁷) involucrando las dimensiones político-jurídicas que son propias del momento de la coerción, y que mostraron la incapacidad del gobierno en ejercicio de los aparatos del Estado para contener el conflicto creciente. Así encontramos un segundo aspecto de la crisis política ligado al impacto social producido por las reformas neoliberales y sus resultados en materia de desocupación, precarización laboral, pobreza e indigencia, entre otros. El desarrollo de esta dimensión de la crisis de hegemonía se expandió fuertemente sobre la *sociedad civil*, que remite a los espacios “privados” de participación voluntaria y que también pueden ser pensados como ámbitos de vida pública no estatal (en sentido estricto), tales como partidos, sindicatos, iglesias, medios de comunicación, centros de fomento, entre otros. Estos son ámbitos específicos de construcción y consolidación de consensos en tanto no

⁶ Un abordaje profundo de los componentes de la ideología neoliberal y su carácter neoconservador, puede ser visto en Bonnet (2008).

⁷ Nos referimos al Estado en sentido estricto, para diferenciarlo de la concepción del Estado en sentido amplio que Gramsci también utiliza y que incorpora tanto a la sociedad política como a la sociedad civil.

están vinculados directamente a mecanismos coercitivos de resguardo. De este modo, la pérdida de hegemonía de los grupos sociales dominantes en la sociedad civil, la incapacidad de los mismos de seguir siendo la conducción política a través de la generación de consensos y de concepciones de mundo compartidas, se constituyó en un espacio fértil para incremento de la protesta y la organización de los grupos subalternos. Notamos así, que este factor social de la crisis política caló en amplios sectores de clases subalternas, a través del impacto sufrido a causa de la flexibilización laboral, el deterioro de las condiciones de trabajo, la desocupación como realidad o amenaza, etc. y que se fue traduciendo en un proceso de conflictividad que tuvo al movimiento de desocupados, a sectores del movimiento obrero (CTA y MTA)⁸ y el movimiento estudiantil, como sus actores más dinámicos, a los que se sumaron luego con fuerza los sectores medios en reclamo por la devolución de sus ahorros afectados por el “corralito”⁹. Se evidencia aquí otro elemento señalado por Gramsci en las crisis orgánicas, expresado en tanto “crisis de autoridad” producida cuando se desarrollan una serie de reivindicaciones que conllevan un alto grado de movilización, expresando la articulación de demandas en una cadena equivalencial que no logran ser divididas y procesadas por el orden vigente, sino que enuncian, siguiendo a Laclau (2005), su reconversión de demandas democráticas a demandas populares. Asimismo, esta crisis de autoridad llevó a tambalear el alcance del momento coercitivo de la sociedad política, en tanto se masificaron los impactos de la protesta incluso llegando a constituir una rebelión popular desobedeciendo y enfrentando el establecimiento del estado de sitio en diciembre de 2001.

- c) Como *crisis económica*, debido a que el visible agotamiento del modelo de la convertibilidad, la caída en términos generales de la tasa de ganancia y la continuidad de la recesión expresaron las dificultades de los dominantes de hacer avanzar a la economía afectando la estructura, expresándose “por arriba” en una fractura de intereses entre distintos sectores del capital que buscaban mejorar sus posiciones en base a dos propuestas diferentes de salida al modelo de la

⁸ CTA = Central de los Trabajadores Argentinos; MTA = Movimiento de los Trabajadores Argentinos.

⁹ El corralito era la restricción a la extracción de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro impuesta por el gobierno de De la Rúa con el objetivo de frenar la salida de dinero del sistema bancario, intentando evitar así una corrida bancaria y el colapso del sistema.

convertibilidad (Basualdo 2001; Castellani y Szkolnik, 2005; Schorr y Wainer, 2005). Las propuestas divergentes de salida se relacionaban con las posiciones diferentes ocupadas en la estructura así como a las estrategias de acumulación de distintas fracciones del capital. Unos procuraban la devaluación, aglutinando al capital productivo-exportador, tanto agropecuario como industrial, con el fin de mejorar su competitividad y capacidad de exportación, así como valorizar las ingentes masas de capitales que los agentes más concentrados mantenían fugadas en el extranjero. Otros agentes, ligados al capital financiero y las empresas privatizadas, exigían la dolarización, principalmente para mantener el valor de sus activos en dólares y garantizar la perpetuación de los beneficios de la convertibilidad de la moneda, como el envío de remesas dolarizadas al exterior. El ocaso del modelo, si bien se expresó en determinados factores contradictorios en su interior que dieron lugar a su agotamiento, éste no puede reducirse solamente a una “implosión”, sino que su devenir se relaciona con la acción de agentes y actores, que van transformando relaciones de fuerza, modificando el escenario de lucha de clases en Argentina. Además el deterioro de los indicadores socio-económicos con incrementos incesantes en materia de desempleo, pobreza e indigencia, generó, como señalamos previamente, condiciones para el creciente malestar de las clases subalternas que dieron lugar a la proliferación de un amplio espectro de acciones colectivas, tanto en un nivel económico-corporativo como político.

En este contexto, se gestó el paso de clase dirigente a clase meramente dominante, que observa Gramsci como propio de los períodos de crisis orgánica, y que se evidencia en la escalada represiva que tuvo sus exponentes más altos en la instauración del Estado de sitio y en la represión que cobró decenas de muertos durante los conflictos del 19 y 20 de diciembre de 2001, culminando con la renuncia del presidente De la Rúa.

Sin embargo, hablamos de un *principio* de crisis orgánica, y no de una crisis orgánica en sentido pleno, ya que no se logró configurar una fuerza antagonista alternativa emergida desde la subalternidad con capacidad de articular el amplio abanico de demandas particulares en pos de una salida que procurara fundar un nuevo bloque histórico. La expresión “que se vayan todos”, característica del momento, si bien cumplió un papel aglutinante a partir de la negación y de la delimitación provisoria de un adversario, no alcanzó a dar lugar a la construcción de un “nosotros”, de una voluntad colectiva con permanencia en el tiempo, que lograra articular los reclamos de los sujetos subordinados

en una dimensión propositiva, en una nueva fuerza política y social. De este modo el “que se vayan todos” fue una consigna que mostraba la emergencia generalizada y disruptiva de *lo político*, en tanto antagonismo que alcanzó a delimitar un exterior constitutivo, un “ellos” (Mouffe, 2007), pero que mostró sus limitaciones ante la ausencia de una articulación de las heterogéneas demandas de los diversos actores en un “nosotros” emergido de la subalternidad misma. Si bien se gestó un proceso de conflictividad en múltiples dimensiones que golpeó fuertemente la hegemonía de los grupos sociales dirigentes, la errática y débil articulación de las demandas y de sus portadores expresó la conformación de un “pueblo difuso” de articulación igualmente débil sin llegar a conformar un sujeto-pueblo pleno, una genuina voluntad colectiva con capacidad de refundar el bloque histórico.

3. Las políticas fundacionales del modelo post-convertibilidad

Los primeros pasos dirigidos al cambio del escenario político-económico con el fin de desactivar algunos de los factores de la crisis, estuvieron ligados a la instauración de nuevo modelo de acumulación. Así, el modelo post-convertibilidad comenzó a configurarse a partir de un conjunto de *políticas fundacionales*¹⁰: 1) la devaluación 2) la implementación de retenciones a las exportaciones 3) la pesificación asimétrica de deudas y depósitos 4) el “salvataje” al capital financiero 5) el *default* 6) el congelamiento y renegociación de tarifas. Salvo el *default* de la deuda pública implementado por Rodríguez Saa en diciembre de 2001, la mayoría de estas políticas fueron perfiladas durante el gobierno de Duhalde, principalmente a partir de la *Ley de Emergencia Pública y Reforma del Régimen Cambiario* n° 25.561 de enero del 2002.

La **devaluación** generó un tipo de cambio internacionalmente competitivo que dio lugar a la dinamización de las exportaciones y, a través de su gravamen mediante retenciones y el aumento general de la recaudación tributaria, permitió la recomposición de las cuentas públicas. La recuperación económica trajo aparejado un aumento de la producción manufacturera, impulsada por la dinámica exportadora y un fenómeno incipiente de sustitución de importaciones producto de la protección que generó la modificación del tipo de cambio¹¹. Además el impulso de esta orientación exportadora

¹⁰ Para un análisis en profundidad de las políticas fundacionales, ver Varesi, 2010.

¹¹ El crecimiento de las exportaciones alcanzó el 121% durante el período 2002-2007, mostrando una mayor intensidad y duración que las fases expansivas anteriores y su relevancia se visualiza en que, desde 2002 a 2007, la participación de las exportaciones en el PBI aumentó un 37.6%, mientras que la

comenzó a dar lugar a sucesivos superávits comerciales que junto al superávit fiscal, favorecido vía retenciones a las exportaciones, constituyeron los *dos pilares de estabilidad* del modelo, favoreciendo el incremento de las Reservas Internacionales y la recomposición de las cuentas fiscales que permitió gestar el sistema de transferencias de recursos para estabilizar los compromisos inestables entre las fracciones de clase.

La inflación volvió a constituir una presencia regular y su orden prelación se evidencia en su impacto sobre el resto de las variables económicas y las relaciones de clase. Tomando herramientas analíticas de Diamand (1973), y caracterizando la inflación inicial como inflación cambiaria, nos interesa resaltar tres efectos. El efecto-ingreso ligado a la contracción de la producción (visible en la caída del 10,9% del PBI) y al proceso inflacionario que conllevó la devaluación, generando una fuerte caída del salario real y el costo laboral en el inicio del modelo que gestó una transferencia masiva de trabajadores hacia capitalistas asentando las bases para la nueva fase expansiva. El *efecto-propagación* vinculado a que en el proceso de devaluación el tipo de cambio determina los costos en moneda nacional de los insumos importados, combustibles y bienes de capital incidiendo directamente sobre los costos industriales, influencia que se transmite a los precios y que acarrearía en cadena el alza de los servicios, aspecto limitado por el congelamiento relativo de tarifas que dio lugar a un cambio en los precios relativos, favorables a la producción de bienes transables. Y el *efecto-arrastre*, que implica que las ventas para el mercado interno no se realizan a precios menores que los que se podrían obtener exportando la producción, por lo que el tipo de cambio determina casi directamente el precio interno de los productos exportables. Un problema que por el tipo de estructura exportadora de Argentina con más del 50% de bienes que son al mismo tiempo de consumo masivo de la población tiende a afectar negativamente a las clases subalternas.

La implementación de **retenciones**, por un lado, procura limitar el *efecto-arrastre*, “desacoplando” precios externos e internos; y por otro lado, buscan gravar las rentas y ganancias extraordinarias, dada por los altísimos precios de los *commodities*. También representan una arista del sistema de transferencias de recursos ya que, por un lado capta fondos de un sector de la fracción predominante en la post-convertibilidad, la

participación del consumo privado y público cayó alrededor de un 7%.

fracción productivo-exportadora, para redirigirlos hacia otras fracciones de forma compensatoria¹².

La **pesificación asimétrica** fue el mecanismo implementado durante el gobierno de Duhalde para resolver la problemática de las deudas y depósitos en el contexto post-devaluación. Implicó que los bancos debieran devolver los depósitos en dólares a \$1,40 por cada US\$1, mientras que los deudores con la banca local vieron pesificadas sus deudas en dólares a \$1 por US\$1, y tuvo dos momentos principales que evidencian el avance de los agentes económicos concentrados en incidir sobre las acciones estatales desplegadas. En un primer momento tenía un techo de US\$100.000 orientado a aliviar a las capas medias y a las pequeñas y medianas empresas. Sin embargo, el fuerte *lobby* del capital concentrado logró forzar al gobierno a derogar dicho techo y así la política de pesificación asimétrica se convirtió en un mecanismo de licuación masiva de las deudas del gran capital productivo y de las privatizadas con la banca local.

Estas deudas fueron luego estatizadas a través del plan de “**salvataje**” al **capital financiero** generando una compensación a esta fracción afectada por el modo de salida de la convertibilidad y la pesificación asimétrica, transfiriendo unos US\$ 24.000 millones a través de nuevo endeudamiento público.

En relación al **congelamiento y renegociación tarifaria**, el gobierno de Duhalde desplegó una *estrategia dual*: a) en un conjunto de actividades donde gravitaban de modo importante capitales locales y que no tenían un fuerte impacto directo sobre los sectores populares, aplicó medidas claramente funcionales a las empresas y b) en las actividades que las tarifas tienen una mayor relevancia sobre el nivel de vida de las clases subalternas buscó dilatar las renegociaciones y dejarlas para el gobierno siguiente (Azpiazu y Schorr, 2002).

De este modo, comenzó a cobrar forma un nuevo modelo de acumulación que expresó cambios en los precios relativos favorables a la producción y exportación de bienes. Este modelo tiene como marca de origen un fuerte deterioro de las condiciones de vida de las clases subalternas expresadas en los más elevados índices de pobreza, indigencia y desocupación de la historia argentina. Al mismo tiempo se profundizó el proceso de concentración y centralización del capital que tuvo lugar en el contexto de crisis, pero

¹² La aplicación de menores tributos a los productos elaborados con respecto a los primarios promueve la generación de mayor valor agregado local previo a la exportación.

manifestando cambios en las relaciones de fuerzas entre las fracciones de clase dominante. En un contexto internacional de aumento de los *commodities*, las políticas fundacionales impulsaron el fortalecimiento de la fracción productivo-exportadora, agentes ligados a la extracción y procesamiento de recursos naturales (agroindustrias, hidrocarburos, minería, entre otras) y junto a otros núcleos industriales como las terminales automotrices, que comenzaron a mejorar sus posiciones estructurales frente a los agentes del sector de servicios públicos y, al principio, al capital financiero.

4. Las estrategias de construcción hegemónicas en el gobierno de Duhalde.

Con la renuncia del presidente De la Rúa, la coalición gobernante (la Alianza) quedó gravemente afectada y la sucesión pasó a definirse en el otro polo del bipartidismo dominante, el Partido Justicialista (PJ). Tras la sucesión de dos presidentes justicialistas en pocos días, llegó Eduardo Duhalde a la presidencia, con la condición de gobernar hasta 2003 y luego llamar a elecciones, alcanzando un acuerdo con el sector alfonsinista de la UCR, y presentándose como “presidente de transición” que convocaba a un gobierno de unidad para la “salvación nacional”.

Si bien el gobierno de Duhalde no alcanzó a constituir una fuerza hegemónica que lograra suturar el principio de crisis orgánica existente (ya que esto hubiera implicado superar el momento de la mera dominación por coerción para alcanzar el momento hegemónico caracterizado por el consenso), sí desarrolló estrategias orientadas a confrontar algunas de las aristas de las distintas dimensiones de la crisis. Esta estrategia podría sintetizarse en tres aspectos fundamentales:

- a) En relación a la dimensión ideológico-cultural de la crisis, Duhalde, quien había sido uno de los *intelectuales orgánicos* de la salida devaluacionista, se convirtió en el primer presidente post-convertibilidad en abrazar decididamente un discurso productivista con aspiraciones fundacionales. En este camino, propuso una nueva alianza de clase liderada por el capital productivo, que incluyera a los trabajadores, apelando al imaginario peronista y buscando diferenciarse del modelo anterior que en su discurso aparecía conducido por el capital financiero.
- b) Respecto de la crisis política, su gobierno impulsó una estrategia dual basada en el par contención/coerción. El componente de contención se expresó en la

masificación de los planes sociales con el fin de paliar el estallido de los indicadores sociales, principalmente en materia de desocupación, pobreza e indigencia que treparon a récords históricos durante su gobierno. El componente coercitivo se evidenció en una ofensiva contra los movimientos sociales, principalmente contra el movimiento piquetero, basada en la criminalización de la protesta social y en la represión abierta. En su rol de encarnación de la “demanda de orden”, su estrategia de contención/coerción, con el sustento de los medios masivos de comunicación en campaña de criminalización de la protesta, y el comienzo de respuestas a las demandas de los sectores medios ligadas al “corralito”, terminó por materializar la fractura del “pueblo difuso” de 2001, con el progresivo abandono de las “cacerolas” del centro del escenario del conflicto social al tiempo que concentraba la represión sobre el movimiento piquetero.

- c) En vinculación a la crisis económica, con la asunción de Duhalde se sancionó, como dijimos, la *Ley de Emergencia Pública y Reforma del Régimen Cambiario* n°25561, la cual contuvo un núcleo de reformas en materia político-económica, comenzando por la devaluación de la moneda pero conteniendo también un conjunto amplio y profundo de medidas que dieron por tierra al modelo de la convertibilidad y sentaron las bases de un nuevo modelo de acumulación. De este modo se plantearon un conjunto de políticas fundacionales del modelo post-convertibilidad, que mencionamos previamente, y que representan transformaciones de largo alcance. También es relevante señalar que estas políticas se aplicaron con un claro sesgo regresivo recayendo los costos sociales del cambio del modelo principalmente sobre las clases subalternas.

En su discurso de asunción ante el parlamento, Duhalde define tres objetivos vinculados a la caracterización y resolución de la crisis vigente. En primer lugar, se propone reconstruir la autoridad política e institucional, atendiendo a los fenómenos que presentamos bajo el carácter de crisis de autoridad y su relación con la crisis política, tanto en términos de “la” política, promoviendo una “nueva organización institucional en la Argentina para recuperar esta república arrasada por la corrupción y el desgobierno” (Duhalde 1/1/2002), y atendiendo también al componente social devenido en conflicto masivo. Es frente a este factor que Duhalde plantea un segundo objetivo que desarrollará enfáticamente en el conjunto de sus presentaciones públicas: “garantizar la paz social”, sosteniendo que Argentina se encontraba sumida en el “caos”,

al borde de la guerra civil, y que los pueblos pueden tolerar cualquier circunstancia adversa pero no la “anarquía”¹³. El tercer objetivo aparece vinculado directamente al cambio de modelo, como vía también de pacificación social en tanto procura resolver la problemática de la desocupación y la pobreza, con el fin de promover “la transformación productiva con equidad y propiciar un modelo sustentable fundado en la producción y en el trabajo” (Duhalde 1/1/2002).

Aparecen en escena así los pilares sobre los cuales el gobierno duhaldista basará su estrategia de pretensiones hegemónicas. De estos lineamientos, el objetivo ligado al cambio del modelo comienza a mostrar algunos rasgos que son constitutivos de la Argentina post-convertibilidad. Ya en el primer discurso como presidente exhibe un primer esbozo de crítica al neoliberalismo, planteando que hay que “romper definitivamente con el pensamiento único que ha sostenido y sostiene que no hay alternativa posible al modelo vigente” (Duhalde 1/1/2002) y planteando como horizonte la construcción de una Argentina basada en la producción¹⁴ y en este acto ejecuta una operación que también irá *in crescendo* durante todo nuestro período de estudio: el nuevo modelo implica la restauración de la Argentina peronista. En este sentido sostiene

“pertenezco a un movimiento político que a través del presidente Juan Domingo Perón y de Eva Perón (Aplausos) fundaron la justicia social en la Argentina y levantaron las banderas de independencia económica y soberanía política. Banderas que con el tiempo, fueron asumidas por todas las fuerzas políticas de origen popular. Esas banderas han sido arriadas y tenemos hoy que preguntarnos y preguntarle a los argentinos, si verdaderamente queremos vivir en un país soberano e independiente.” (Duhalde 1/1/2002).

De este modo, Duhalde recupera algunos rasgos constitutivos del frente devaluacionista del cual fuera un intelectual orgánico, y comienza a gestar una articulación perenne: *caracteriza la necesidad del cambio definiendo el futuro como restauración del imaginario peronista*, pero este imaginario se presenta no ya como patrimonio de un solo partido sino de todas las fuerzas progresivas, universalizado, y por eso puede ser

¹³ “Tengo una primera obligación que es garantizar la paz social en la Argentina. Los países, las sociedades mejor dicho, toleran las circunstancias más adversas, vaya si lo sabemos los argentinos, lo que no toleran es la anarquía” (Duhalde, 4/1/2002). “Corremos riesgos, Argentina está -y lo he dicho muchas veces- al borde de la anarquía, y los pueblos toleran cualquier circunstancia adversa, pero la anarquía no, y es mi primera obligación como Presidente mantener la paz social en la Argentina. Que nadie se equivoque, yo no soy un presidente débil, yo soy un presidente con la autoridad que me ha dado la democracia argentina y tengo un compromiso; y ese compromiso, el primero de todos, es cuidar la paz social en la Argentina” (Duhalde, 1/2/2002).

¹⁴ “Mi compromiso a partir de hoy, es terminar con un modelo agotado que ha sumido en la desesperación a la enorme mayoría de nuestro pueblo para sentar las bases de un nuevo modelo capaz de recuperar la producción, el trabajo de los argentinos, su mercado interno y promover una más justa distribución de la riqueza” (Duhalde 1/1/2002).

éste la guía de un gobierno que se auto-define como “gobierno de unidad nacional” con un “programa de salvación nacional”.

En su discurso inaugural Duhalde sostiene que los dirigentes políticos de los países que progresan “hablan de la producción, hablan del trabajo, hablan de su gente. Eso es lo que no hemos hecho los argentinos. Pareciera que la clase política está desvinculada del sistema productivo; pareciera ser que somos cosas distintas” (Duhalde 1/1/2002). Este aspecto se convierte asimismo en una clave permanente del diagnóstico: la relación de la dirigencia política con el capital aparece definiendo el carácter del modelo, por eso el cambio del modelo implica un cambio de “alianza”. Es por esto que a sólo unos días de haber asumido realiza un discurso trascendente frente a un grupo de empresarios reunidos en la residencia de Olivos¹⁵ y a segundos de su inicio sentencia: “Ustedes, es decir la comunidad productiva, es la que debe gobernar en el país” (Duhalde, 4/1/2002). Nuevamente recupera el diagnóstico esbozado en la asunción, señala que el problema clave es que la dirigencia política se ha desvinculado del mundo de la producción y propone una nueva alianza para un nuevo modelo:

“Entonces vengo a decirles que *debemos terminar décadas en la Argentina de una alianza que perjudicó al país, que es la alianza del poder político con el poder financiero y no con el productivo*. El poder financiero, las finanzas, son imprescindibles para un país -imprescindibles- pero ubicadas en el lugar que corresponden. Por eso vengo a decirles que esa alianza es la que tenemos que terminar a partir de hoy en la Argentina; que quien va a gobernar dos años el país y que los que asuman nuevamente responsabilidades, sepan que *Argentina decide construir una nueva alianza*, que es la alianza que yo denomino, pero podemos denominarla de cualquier manera, *la alianza de la comunidad productiva*. No necesitamos siquiera ser muy originales en el tratamiento de estos temas, solamente saber ver lo que hacen los países que progresan.” (Duhalde, 4/1/2002, el subrayado es nuestro).

Es interesante rastrear la definición de “comunidad productiva” en su discurso, en tanto marca aspectos que luego se ven plasmados en la política, ya que es una comunidad regida casi absolutamente por el polo del capital: el énfasis en el empresariado está presente en todos sus discursos; el trabajo aparece mencionado pero sólo como enteramente subsumido al capital¹⁶. La nueva Argentina se definiría entonces por un cambio de alianza social, rompiendo la alianza de la dirigencia política con el capital financiero (como se caracteriza para los tiempos del neoliberalismo) y formulando una

¹⁵ El mismo Duhalde expresa la relevancia de dicha reunión diciendo: “he querido que mi primera reunión pública sea con integrantes de la comunidad productiva” (Duhalde, 4/1/2002).

¹⁶ Más adelante, en un discurso frente a ONGs define con mayor detalle a la comunidad productiva: “la integran los trabajadores, los empresarios todos, quienes hacen circular riqueza que son los comerciantes; se suma por supuesto todo el sector de la ciencia y de la técnica que aporta al desarrollo, se fortifica ese sector con nuestros intelectuales” (Duhalde, 10/1/2002).

nueva basada en la producción y que articula a un conjunto de agentes, pero que tiene su centralidad en el empresariado productivo argentino.

Respecto de la dimensión política de la crisis hegemónica, Duhalde perfila una estrategia de contención/coerción ligada a su caracterización de la crisis en términos de caos social¹⁷. Duhalde sostiene que su primer obligación es garantizar la paz social y afirma “Tenemos que traerle orden al país” (Duhalde, 4/1/2002). De este modo Duhalde comienza a encarnar la “demanda de orden” (Cremonte, 2007; Rinesi y Vommaro, 2007) proveniente desde distintos sectores, primordialmente (aunque no únicamente) de la clase dominante y de algunos núcleos de las capas medias. Señala que para alcanzar dicha paz hay que garantizar a la población los derechos humanos básicos de alimentación, salud y trabajo. En este sentido, ya en su discurso de asunción manifestaba que ante la imposibilidad de crear un millón de puestos de trabajo en el corto plazo, había que generar un plan social orientado a los jefes y jefas de hogares desocupados. Este plan se consolidó en el Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, constituyendo el primer plan de aspiraciones universalistas de la post-convertibilidad, en tanto se multiplicó rápidamente alcanzando los dos millones de beneficiarios en 2003. Ésta fue la principal herramienta de contención en un contexto de recrudescimiento de la crisis económica que presentaba una literal explosión de los indicadores sociales sumiendo a amplias porciones de la población en la desocupación, la pobreza y la indigencia. Aunque esta medida tuvo un doble efecto político, ya que si bien logró contener constituyendo un paliativo frente al malestar social, también se convirtieron en objeto de disputa, en un logro de conquista del movimiento piquetero, proveyendo recursos materiales y simbólicos.

Si bien, en los discursos señalaba que no era con represión que se alcanzaría la paz social, los componentes coercitivos de la estrategia estuvieron presentes desde el primer momento. Se profundizó la creciente criminalización de la protesta social teniendo como principales promotores a los grandes medios masivos de comunicación actuando como “Estado Mayor intelectual” (en el sentido de Gramsci, 2003) de la clase dominante¹⁸ conllevando, a su vez, una escalada represiva contra el movimiento

¹⁷ Sostiene que la Argentina se encontraba al borde de una guerra civil: “hemos ido bajando escalón por escalón: recesión, depresión, estado preanárquico, caos; que lo vimos reflejado, lo escuchamos, lo vimos, lo sentimos. La gente tuvo un miedo enorme hace 20 ó 25 días cuando vio lo que podía pasar, cuando vio que un escalón más abajo es un baño de sangre en la Argentina” (Duhalde, 10/1/2002).

¹⁸ “La Nación esgrime la necesidad de “frenar la protesta” para conseguir la “paz social”. La protesta social es asociada a la “irracionalidad” y al “vandalismo organizado”. Actos ilícitos y “orquestrados”,

popular. Pero debe notarse que el polo coercitivo de la estrategia política fue orientado selectivamente de modo de segmentar el lazo equivalencial de demandas que constituía el campo de antagonismo por entonces vigente: el objetivo era fracturar la incipiente articulación visible en los momentos más álgidos de la lucha y sintetizado en la consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola”. En este sentido es que puede entenderse la fuerte gravitación en el discurso de Duhalde del enaltecimiento y preocupación por la “clase media”:

“El drama argentino -ustedes saben lo tremendo que es-, en el 2000, 600 mil argentinos de clase media pasaron a revistar, por perder el trabajo, por distintas razones, en la categoría de pobres, un drama tremendo, pero el año pasado superamos ese triste registro, *hemos liquidado la clase media argentina. Imaginen ustedes lo que pasa con los sectores más humildes de la sociedad que saben que el que trabajó se esforzó, estudió, trabajó y le está yendo como le va.* Se pierde, naturalmente, ese querer prepararse porque le parece que es imposible el progreso” (Duhalde, 2/1/2002, el subrayado es nuestro).

Este discurso evidencia la centralidad otorgada a la “clase media” argentina (ligada a su vez al impacto en el sentido común que tiene la idea de “clase media” en la sociedad argentina), mediante una doble operación. Por un lado, Duhalde define como “el drama argentino” al pasaje de núcleos de los sectores medios a la pobreza y la liquidación de la “clase media”. Pero por otro lado, aparece el enaltecimiento de la clase media como orientador social y una definición negativa respecto de ésta sobre los grupos de menores ingresos de las clases subalternas, los “sectores más humildes” operando una segmentación. Nótese que la clase media aparece ligada a cualidades de estudio, trabajo, esfuerzo de los cuales los “más humildes” estarían desprovistos, y la percepción de estos últimos respecto del destino económicamente negativo de la “clase media” terminaría por liquidar aún más sus propias aspiraciones (y con esto sus potenciales virtudes de estudio, esfuerzo y trabajo que acaecerían por vía de imitación al sujeto central “clase media”).

Pero la estrategia de segmentación no fue sólo discursiva, sino que parte de la identificación de la demanda y su búsqueda de solución:

“el nuestro es un pueblo que ha sido saqueado. *La clase media ha sido destruida*, destruida. Ustedes habrán escuchado hablar, por ejemplo, del “corralito”. Saben que son casi dos millones de personas, no de ricos, con un promedio de 30 mil pesos depositados en los bancos. En la

algunas veces por la izquierda y en otras por el PJ. A lo largo de esos convulsionados meses, en Clarín podrá observarse como los hechos de protesta se construyen en tanto que hechos de “violencia” o bien “delictivos” (en el caso de los saqueos); con el consecuente llamamiento al “orden” que de ello se desprende. En las fechas previas al estallido de diciembre pero también a la Masacre del Puente Pueyrredón, encontramos una gran cantidad de informaciones referidas a los hechos que hemos denominado de “control social” (robos, secuestros, hechos delictivos y otros que suponen una “desviación” de la norma social establecida).” (Pulleiro *et al.*:148)

mayoría de los casos ahorros de toda la vida, de *gente que se ha esforzado, que ha trabajado, que tiene ilusiones*; son decisiones tremendas y sabemos que tenemos que afrontarlas, no podemos continuar los argentinos en esta situación” (Duhalde, 2/1/2002, el subrayado es nuestro).

En este camino, el gobierno de Duhalde mantuvo en el foco la resolución del corralito, aun cuando que no logró mantener su promesa inicial (“el que depositó dólares recibirá dólares” (Duhalde, 1/1/2002), en tanto se avanzó hacia un proceso de pesificación económica), procuró ir atendiendo esta demanda, sosteniéndola como una prioridad política buscando su solución paulatina. La estrategia de segmentación y ruptura de la cadena operó también en el proceso de criminalización de la protesta en tanto el discurso muestra como comprensible la conflictividad de los sectores medios mientras que repele los reclamos de los desocupados en una creciente estigmatización del movimiento piquetero. La escalada represiva alcanzó tal magnitud que culminó en la Masacre del Puente Pueyrredón el 26 de junio de 2002, desatada sobre los movimientos de desocupados que cortaban dicho puente de Avellaneda y que culminó con decenas de heridos, la primer violación por las fuerzas seguridad a un local partidario desde la dictadura¹⁹ y el asesinato de los militantes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán.

Esta masacre, que constituyó una acción que llevó al límite el componente coercitivo de la estrategia duhaldista buscando una salida represiva a la crisis política vigente, terminó con el adelantamiento de las elecciones por parte del gobierno de Duhalde. Aun así la estrategia de segmentación había resultado exitosa para la clase dominante y sus intelectuales orgánicos, en tanto la segmentación de la cadena había tenido lugar, limando gradualmente el componente “popular” de las demandas (en sentido laclausiano) y tornándolas nuevamente “democráticas”, o sea, procesables en el marco del nuevo orden en gestación, que contenía un nuevo modelo de acumulación erguido a partir de un conjunto de políticas fundacionales y que exhibía un escenario con cambios en las relaciones de fuerza entre las fracciones de clase. De este modo se dio lugar a la fragmentación de la voluntad colectiva precaria y en construcción, a través de la fractura del lazo equivalencial y la desactivación del componente impugnador de parte de sus demandas.

5. Conclusiones

¹⁹ La policía derribó la puerta del local del Partido Comunista sacando violentamente a los militantes del MTL y otras fuerzas refugiadas en su interior.

Frente al principio de crisis orgánica del año 2001, expresada en sus diversas dimensiones, el gobierno de Duhalde tejió distintas estrategias con el fin de suturarlas y consolidar un nuevo momento hegemónico.

Respecto de la crisis política por entonces vigente, el gobierno duhaldista impulsó una estrategia dual de contención/coerción. Por un lado, la masificación de los planes sociales fue la principal acción del componente de contención en el marco del estallido de los índices de desocupación, pobreza e indigencia. Por otro lado, el componente coercitivo se expresó en la ofensiva a nivel de represión y criminalización ejercida contra los movimientos sociales, principalmente contra el piquetero. Así, el gobierno buscó encarnar una “demanda de orden”, procurando segmentar las demandas, canalizarlas diferencialmente, con el fin de fragmentar las solidaridades del espectro de actores movilizados en la protesta social. En este camino, terminó por concretar la fractura del “pueblo difuso” de 2001, con el progresivo abandono de las “cacerolas” del conflicto social mientras estigmatizaba y reprimía al movimiento de desocupados. Estas estrategias de fragmentación del campo popular se encontraron directamente ligadas a aquellas orientadas a conjurar la crisis a nivel ideológico- cultural y económico. Duhalde enfatizó constantemente en su discurso que procuraría dar fin al conflicto social (llamándolo “caos” o “anarquía”) al tiempo que valoraba diferencialmente la idea de una “clase media” cuya crisis era explicativa del conjunto de la crisis nacional.

Además, abordó otros factores claves de la dimensión ideológico-cultural de la crisis. Duhalde profundizó su rol de *intelectual orgánico* de la salida devaluacionista al modelo de la convertibilidad, desplegando un discurso productivista de carácter fundacional en términos de su vinculación a la conformación de un nuevo modelo de acumulación. En el discurso presidencial comenzó a aparecer un lineamiento clave para pensar todo el período post-convertibilidad: la idea de gestar una nueva alianza de clase liderada por el capital productivo, que incluyera a los trabajadores, apelando al imaginario de retorno a la Argentina peronista y buscando diferenciarse del modelo anterior que en su discurso aparecía conducido por el capital financiero.

Esta dimensión superestructural se vincula asimismo de forma dialéctica con las transformaciones en la estructura. Asistimos a la emergencia de una fracción productivo-exportadora del capital, conformada por grandes agentes económicos ligados a la extracción y procesamiento de recursos naturales (agroindustrias,

hidrocarburos, minería, entre otras) e incorporando asimismo otros núcleos industriales como el de terminal automotriz. Los cambios en las relaciones de fuerzas a nivel estructural pueden verse en el impacto de las políticas fundacionales del modelo post-convertibilidad, y cómo estas fueron gestando cambios en los precios relativos, definiendo un conjunto de transferencias de recursos y de modificaciones en las variables económicas que favorecieron la producción de bienes en detrimento de los agentes productores de servicios públicos y, en un primer momento, del capital financiero. El principal afectado en la fundación del nuevo modelo fue la clase trabajadora cuyos niveles de vida se deterioraron a niveles no conocidos antes en la historia argentina transfiriendo los recursos que performaron como una nueva “acumulación originaria” que dio base al nuevo ciclo expansivo del capital, favorecido, a su vez, por los cambios a nivel internacional con el aumento de los precios de los *commodities*. Es en este proceso que debe medirse el alcance de la *Ley de Emergencia* n°25561, la cual perfiló varias de las políticas fundacionales claves en la alteración y consolidación del nuevo cuadro de relaciones de fuerzas. También es relevante insistir que estas políticas se aplicaron con un claro sesgo regresivo recayendo los costos sociales del cambio del modelo principalmente sobre las clases subalternas.

Aún cuando el gobierno de Duhalde no logró constituir un nuevo momento hegemónico sino que debió abandonar el poder debido al repudio masivo que tuvieron sus políticas represivas, podemos observar en sus estrategias cómo se articularon algunos factores claves para pensar el origen de la etapa post-convertibilidad en Argentina, donde los cambios a nivel del proceso de acumulación de capital tuvieron lugar con cambios en el modo de construir hegemonía. Algunas de sus marcas más duraderas serán la construcción de un discurso productivista, que busca generar consenso a partir de la recuperación del imaginario peronista, y en la consolidación de un núcleo de agentes concentrados del capital productivo-exportador liderando el bloque de poder.

6. Bibliografía y discursos

Arditi, Benjamín. 1995. "Rastreado lo político" en *Revista de Estudios Políticos*, No. 87, enero-marzo, pp. 333-351. Madrid.

- Azpiazu, Daniel y Martín Schorr. 2003. *Crónica de una sumisión anunciada. Las renegociaciones con las empresas privatizadas bajo la administración Duhalde*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires
- Basualdo, Eduardo. 2001. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes-FLACSO-IDEP. Bernal.
- Bonnet, Alberto. 2008. *La hegemonía menemista*. Prometeo. Buenos Aires.
- Campione, Daniel. 2007. *Para leer a Gramsci*. Ediciones del CCC. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Buenos Aires.
- Castellani, Ana y Mariano Szkolnik. 2005. “Devaluacionistas y dolarizadores. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2000”, en <http://www.argiropolis.com.ar>.
- Cremonte, Juan Pablo. 2007. “El estilo de actuación política de Néstor Kirchner”. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Prometeo Libros, Universidad de General Sarmiento. Buenos Aires.
- Diamand, Marcelo. 1973. *Doctrinas Económicas, Desarrollo e Independencia*, Buenos Aires, Paidós.
- Gramsci, Antonio. 2003. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La razón populista*. FCE. Buenos Aires.
- Mouffe, Chantal. 2007. *En torno a lo político*. FCE. Buenos Aires.
- Pulleiro, A, Gambina, A, Allievi, C, Ronconi, M y Gómez, R. 2011. “La reconfiguración de la hegemonía cultural: significaciones en disputa en la esfera pública, los medios masivos de comunicación y el campo intelectual (2001-2007)”. En Gambina, J., Rajland, B. y Campione, D. (comps.) *Hegemonía y proceso de acumulación capitalista en Latinoamérica hoy (2001-2007). El caso argentino*. FISyP Ediciones y Rosa Luxemburg Stiftung. Buenos Aires.
- Rinesi, Eduardo y Vommaro, Gabriel. 2007. “Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos”. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Prometeo Libros, Universidad de General Sarmiento. Buenos Aires.

Schorr, Martín y Andrés Wainer. 2005. "Argentina: muerte y resurrección? Notas sobre la relación entre economía y política en la transición del 'modelo de los noventa' al del 'dólar alto'" en *Realidad Económica*, n° 211, IADE, Buenos Aires.

Seoane, José A. 2002. "Argentina: la configuración de las disputas sociales ante la crisis" en *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, n° 7. CLACSO. Buenos Aires.

Varesi, Gastón Ángel. 2010. "Las políticas fundacionales del modelo post-convertibilidad" en Anuario de Investigaciones n°1 de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP) y la Rosa Luxemburg Stiftung (RLS-Alemania), Buenos Aires, diciembre.

Duhalde, Eduardo. 1/1/2002. "Palabras del Presidente de la Nación, Doctor Eduardo Duhalde, ante la Asamblea Legislativa".

Duhalde, Eduardo. 4/1/2002. "Palabras del Presidente de la Nación Eduardo Alberto Duhalde ante empresarios reunidos en la residencia de Olivos"

Duhalde, Eduardo. 10/1/2002. "Discurso del Presidente Eduardo Duhalde al recibir a las Organizaciones No Gubernamentales en Olivos"

Duhalde, Eduardo. 1/2/2002. "Palabras del Presidente Eduardo Duhalde ante en la residencia presidencial de Olivos"